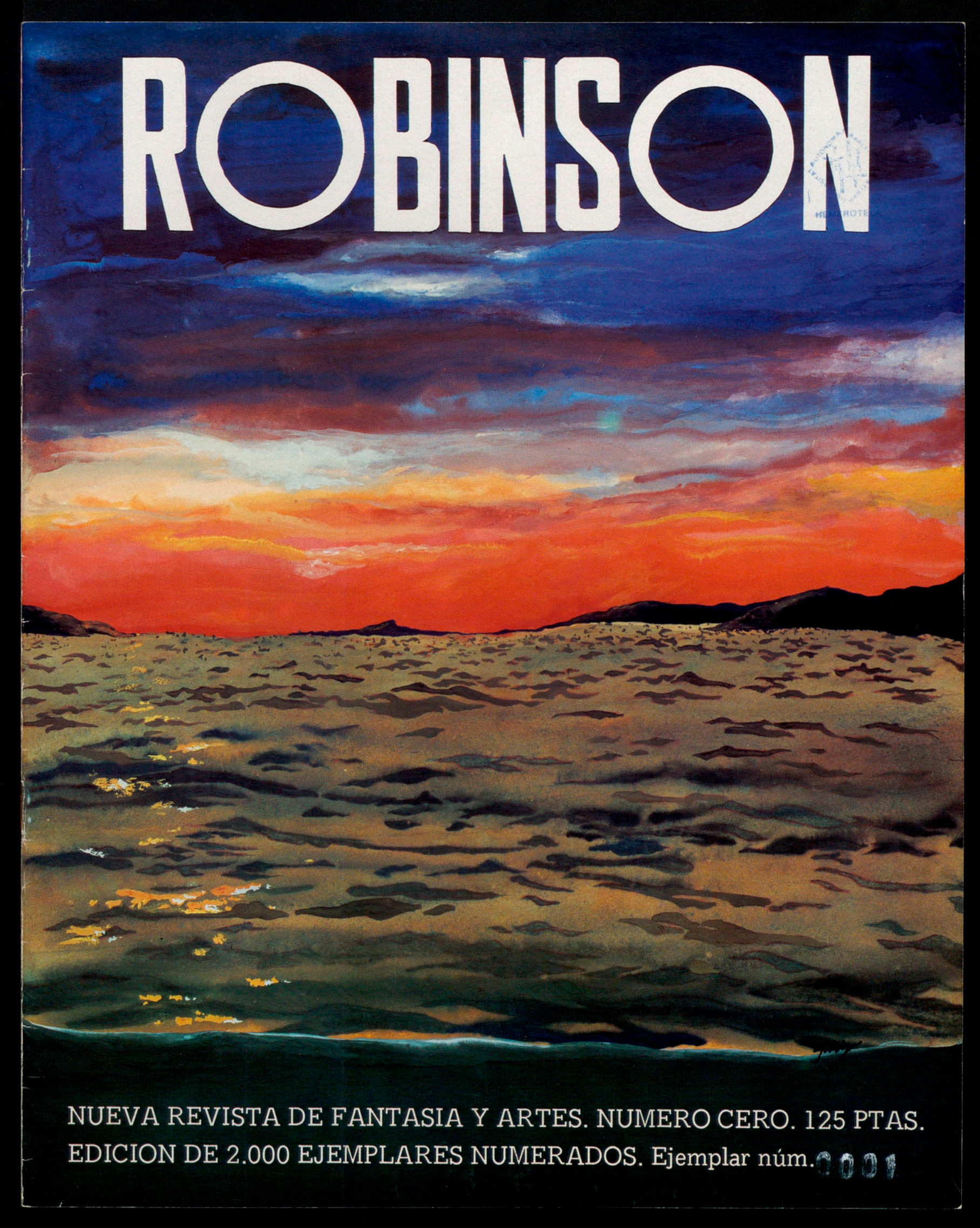


# ROBINSON



HEMIPROTE

NUEVA REVISTA DE FANTASIA Y ARTES. NUMERO CERO. 125 PTAS.  
EDICION DE 2.000 EJEMPLARES NUMERADOS. Ejemplar núm. 0001

**"NO DEBERIAMOS ATREVERNOS A VIVIR EN UN ESCENARIO EN EL QUE  
NO NOS ATREVIESEMOS A MORIR(Lewis Carroll:"Silvia y Bruno")**

**LLAMADA A  
LA COLABORACION**

Leemos todos los textos que se nos envíen y estamos dispuestos a publicar tras la lógica labor de selección. Acudir también dibujantes y fotógrafos. Lo veremos todo. **ROBINSON ESTA BUSCANDO UN COMIC.** Remite fotocopias y tus datos a la redacción de la revista. General Pardiñas, 64 6º Ext. Izq. Madrid-1, a nombre de Rosalía Díez Celaya.



Alicia Lidell

**CONTENIDO DEL NUMERO  
CERO DE ROBINSON**

**EDITORIAL  
RELATO**

Por qué Robinsón  
Son ellos como cada tarde

*Robinsón 28  
Fernando Díez  
Celaya*

**POESIA**

Tres poemas de

*Jorge Martín  
Matamala*

**MUSICA  
SECCION  
TARJETAS**

Chopin  
Caminos a Itaca  
Antológico De Virginia

*Rosalía  
Mauri Miguel  
Virginia Woolf,  
Lewis Carroll y  
Rafael Sánchez  
Ferlosio.*

**CRONICA CINE** Doble asesinato en S. Sebastián  
**RELATO BREVE** Cita incógnita en Hotel Término

*Robinsón 28  
Rosalía*



**LOS ROBINSONES:**

Editor: *Robinson 28*  
Coordinación general y selección de textos e imágenes: *Robinson & Rosalía.*

Colaboran en este número y siguientes: *Fernando DC; Jorge M. Matamala, Mauri Miguel; Robinsón; Rosalía; Xavier Rekalde; Pepo; Kiko; Guillermo D.C.; Tomás B.; Arturo; César y María Elenas*  
Portada y dibujos en el interior: *Guillermo Díez Celaya.*

Otros dibujos: *Kiko*  
Colaboraciones: *Rosalía Díez Celaya. General Pardiñas, 64 - 6º Ext. Dcha. Madrid-1. Tfno. 402 29 37*  
Administración y suscripciones: *Mauri Miguel. Batalla de Belchite, 14 - 5º B. Madrid-7*



# ¿POR QUÉ ROBINSON?

Robinson es un personaje solitario por sí mismo y por las circunstancias. No es el naufragio de su barco lo que ha lanzado a Robinson a la soledad, es él mismo.  
Robinson es un buscador nato. El mundo podría llegar a ser pequeño para él y sin embargo, su isla llega a ser un universo.  
Robinson ama lo desconocido, lo misterioso, lo que está más allá.  
Robinson sólo se sirve de sus propias manos, de sus propias piernas, de su propio hambre y de su propia sed.

Robinson no se casa con nadie.  
Robinson es un creador de su propia vida en manos de la providencia.

Robinson es minucioso, detallista, obsesivo, tranquilo, nervioso, simple, complicado, lineal, sinuoso, claro y turbulento.

Sólo hay dos cosas en el mundo: Robinson y todo lo demás.  
Robinson es como un niño cuyo larguísimo sueño traspasa las fronteras del tiempo y del espacio; cuyo constante y eterno jugar de él con la naturaleza y de la naturaleza con él es mejor que cualquier cópula. Una cópula sin orgasmo, que dura toda la vida, y a la vez... una constante vuelta a empezar.

Robinson viaja más que Marco Polo: Brasil, Madagascar, la China, Siberia, Finlandia, y una isla desierta y misteriosa.  
El camino de Robinson es perfectamente nítido.  
Los ojos de Robinson nunca dejan de ver cosas.  
La ira de Robinson es la ira de los justos.  
Robinson es profundamente estético, en su plan está lo misteriosamente perfecto.  
Robinson no se desespera nunca.  
Robinson construye un imperio con los restos de un naufragio.  
Robinson hace realidad las utopías.  
Robinson soy yo.  
Robinson es esta revista... de ISLAS INDIVIDUALES

A modo de diario  
4 de septiembre 1982  
"A un Dios Desconocido"

\* \* \* \* \*

Firmado:  
ROBINSON 28





# SON ELLOS, COMO CADA TARDE

NARRACION

Fernando Díez Celaya  
Madrid, 5 de diciembre de 1978

"J'ai passé comme une fleur. J'ai  
seché comme l'herbe des champs."  
Chateaubriand

Φ

Para qué empezar a escribir mis poemas, mis lágrimas de cocodrilo y mis mensajes, si todos sabemos que allí, al final de la cuesta, se encuentra la Casa.

Rodeada de los árboles, al fondo del camino de la cuesta, como esperando las interminables visitas de por las tardes y las canciones y los sollozos y las escenas de amor. Mágica en su embrujo milenario, sombría en medio de un vergel siempre soleado, acompañada eternamente de los formidables robles y del silencio de los siglos apenas roto por los quejidos de las aves. Allí, esperando nuevos prodigios, está la Casa.

Cómo la casa, para qué la casa. Es ella, magnífica, viviente, continuamente expectante, acogedora, amenazante, silenciosa en su silencio lejano poblado de palabras, altiva, inexpugnable, la casa. La Casa recibe a sus huéspedes como en aquellas tardes moribundas de medio sol, de cansera y recuerdo y bochorno y besos húmedos de estío.

Para qué, pues, empezar a escribir mis poemas o empezar a hacer lo que fuere, si todos sabemos —todos— que en el fondo del camino está la Casa y, como siempre, me espera reposando para que bajemos la cuesta dando trompicones, borrachos de sol y polvo, como aquellas tardes, mis subjetividades y yo. ¡Ahora la Casa espera otra vez una orgía de desesperación! Pero pienso que esta vez no le voy a complacer. No voy a empezar a escribir nada, sólo voy a coger el cesto para las flores y los libros viejos y bajaré la cuesta a saltitos poco a poco, hasta la Casa, atravesando la avenida de robles. Una vez que el sol dejé de lucir, me halle dominado por la penumbra que rodea la Casa y sienta más fuerte que nunca los quejidos de los pájaros, cuando ya no me llegue nada más del exterior y el mundo excitante y siniestro del jardín me sirva de frontera, entonces, con todo el cálculo posible, me precipitaré en el umbral entregándome irremisiblemente al terrible pozo de recuerdos y de experiencias que los cuartos y las salas silenciosas me brindarán. Y entraré en la Casa.



Dibujo GDC

Y quizás por la cuesta o por el paseo de robles o, tal vez allí mismo, en el jardín donde la yedra ahoga los pequeños brotes de los rosales y de las azucenas, y donde el agua de la acequia desvió su curso hasta anegarlo todo y donde hoy los nenúfares se confunden casi con las violetas, quizás por entre algún arbusto de este decorado imposible o también allí mismo en el umbral de la puerta de la Casa, pierda yo alguno de los viejos libros que llevaré conmigo o vuelque sin querer el cesto para flores, vacío desde siglos, y se estremezca el mimbre al caer contra las baldosas y vaya a juntarse con Baudelaire o con Keats.

Pero, sobre todo, que nadie sepa, que nadie se dé cuenta que he vuelto a la Casa; quién sabe lo que podrían decir las gentes. Puede ser que apareciesen algunos intrusos o que tratasen de espiarme. No obstante estos miedos son ridículos porque ya he dicho que la Casa es inexpugnable, desgraciados los que quisieren penetrar en ella. La Casa sabe defenderse, ella es cautelosa y sabia. Hay quienes no lo creen así, pero porque seguramente son perso-

nas alocadas y carentes de sentido común. La mayoría respeta estos alrededores y, por lo general, todos sospechan que no sería muy bueno acercarse a la Casa, confundirse con la maleza y mezclarse al barro de las charcas. Incluso alguien insinuó una vez la posibilidad de que los dulces pajarillos les atacasen de pronto convertidos, por no sé qué misterioso atavismo, en aves de presa.

Por eso no voy a escribir hoy nada. Me dirigiré a la Casa como tantas otras tardes, sin que nadie lo sepa. Sólo que hoy no habrá escenas, ni dramas, ni siquiera besos húmedos. No le voy a dar el capricho a esta mansión indomable. Llegaré sólo con mis libros viejos y con el cestito de mimbre, y una sonrisa brillará en mi rostro. Sólomente al entreabrir el portón y recibir el soplo caliente del interior, cuando mire atrás con nostalgia al jardín que estará vacío sin risas y sin lágrimas, quizás sienta esa sensación de desamparo que me martirizó otras veces. Entonces sí. Entonces huiré velozmente a través de mí mismo, hacia el más profundo interior, hacia la insondable altitud de mi vacío, hacia la hoguera y la vorágine de la nada que me ahogará y querrá apresarme, como en aquel tiempo. Pero cerraré la puerta tras de mí y respiraré hondo, sujetándome a los cortinones para impedir la caída de mi cuerpo que permanecerá, como siempre, débil. Y correré al interior, al refugio consabido del útero de las salas y las habitaciones desdobladas y, a la vez, llenas de voces y recuerdos, agarrando con fuerza los viejos libros y apretándolos contra mi pecho, jadeante, invadido de uno de tantos habituales, implacables, ataques de soledad.

La luz entra por el ventanal matizada y suave a su paso a través de la cortina de encaje. Apoyado en el alfeizar contemplo el jardín; desde esta altura de tercer piso se ven, mezcladas, las margaritas y las fresas, y tiemblan las ondas que los pájaros crean en el agua del estanque al acercarse a beber. Todo está tranquilo y la casa respira calma; calma y polvo de siglos, atmósferas especiales llenas de dramas generacionales y disputas decimonónicas.

En la antigua gramola empieza a sonar una melodía a tiempo de vals y parece que los pájaros y las hojas siguen el ritmo. Todo ello contemplado desde aquí es como una secuencia al mbarada de Walt Disney a la que tengo que poner fin inmediatamente. Por eso cambio con rapidez el disco y se escucha majestuoso un adagio de Bach que resuena presagando las catástrofes a las que la Casa nos ha tenido acostumbrados a lo largo de generaciones.

Y ya todo cambia velozmente. El cielo empieza a oscurecerse, negras nubes de tormenta se dejan ver a lo lejos y un viento frío y desagradable sopla desde poniente. Callan los pájaros y el aire se vuelve gris; la luz es mortecina y



los árboles agitan sus ramas. He aquí la tempestad. Corro a encender las velas y los candelabros uno a uno. El viento sopla con verdadera fuerza removiendo las cortinas que se precipitan hacia mí como para apresarme. En el jardín hay una orgía de polvo, humo, agua y hojas revueltas. De pronto un relámpago atraviesa el cielo plomizo y luego un trueno cae con estrépito. Presiento que todo esto no quedará aquí, de modo que me avalanzo a cerrar la ventana antes de que suceda algo peor. Estalla un trueno y luego otro, acompañados de relámpagos que iluminan la Casa de parte a parte. La obscuridad es casi total y la luz de las velas apenas ayuda a disiparla. Entonces comienzan a caer las primeras gotas mientras en el jardín los viejos robles se debaten con furia entre la tempestad. De repente, un rayo hiende el espacio y se precipita sobre una higuera gigante. Ah, la maldición de la higuera, pienso. La lluvia golpea en los cristales con fuerza y el viento huracanado hace temblar las paredes de la Casa.

En medio del fragor de la tormenta, oigo sonar la campanilla de la puerta. Ya están ahí. Pero no es posible que nadie se haya atrevido a venir en estas condiciones meteorológicas. No obstante, corro hacia las escaleras con precipitación. La tempestad arrecia y el viento ahoga en un escándalo perfecto las notas de una coral desaforada. Desciendo las escaleras aterrorizado como si bajase al Averno a buscar a Eurídice con un candelabro en una mano y agarrándome con la otra a la barandilla para no caer, Estoy débil, pienso. La campanilla vuelve a sonar, esta vez el repiqueteo es más fuerte. Llego a la puerta y la abro. Entonces, una embestida del aire revuelto del jardín me empuja al suelo. El agua y el barro aprovechan para entrar a su vez. Pero, ¿qué es eso? Son gritos. Son gritos en el piso de arriba. Cierro el portón apretando con todas mis fuerzas y contemplo el suelo lleno de agua y de hojas y flores despedazadas. Otra vez, pienso. Una vez más la Casa me recibe como siempre. Pero tengo que sobreponerme y no dejarla continuar. Esto pudiera ser sólo el comienzo.

Terriblemente agotado me dispongo a subir las escaleras; el candelabro yace apagado sobre la alfombra, de modo que me abro paso entre la penumbra casi a ciegas. Los gritos se hacen más violentos a medida que voy subiendo. Llego sin aliento, pero satisfecho: he de poner fin a este desquicie. Entro en el salón de las cristaleras y contemplo con estupor las ventanas que yo cerré abiertas ahora de par en par. Velas y candelabros por el suelo, humeantes. No puedo más. Abandonado a mí mismo cojo con prisa cuatro o cinco bujías y mis viejos libros. Tengo que salir, no puedo permanecer allí por más tiempo. Me dispongo a huir pero observo que la lluvia en el exterior es fortísima. No sé lo que hacer. ¿Dónde están mis viejos libros? Desparramados por el piso veo a Baudelaire y a Sthendal y algo de Shakespeare. Y dos o tres hojas de Longfellow salen por las ventanas arrastradas por la corriente. ¿Qué es esto? Los gritos son ahora como murmullos y jadeos a través de los muros. Voy a enloquecer. Tengo que parar esta máquina infernal; de modo que me acerco raudo a la balconada para cerrar definitivamente las hojas de cristal. Entonces, allá lejos, en el jardín, los veo venir.

Son ellos. Los dos. Vienen alegres, como cada tarde, con sus instrumentos de música bajo el brazo. Han saltado la tapia del final, la que linda con el huerto, y vienen contentos, como cada tarde. Allí, casi por el horizonte sus siluetas se destacan entre la bruma y sus voces llegan lejanas hasta mí transportadas por el eco de la humedad del ambiente. Los contemplo con lentitud, también con tristeza. Allí están, como difuminados. Ha dejado de llover y todo huele a mojado y a ozono y a un poquito de sol que empieza a salir. Y ya no hay necesidad de cerrar las ventanas ni la balconada, ni de oír más Bach ni de leer a los románticos, ni de velas. Sólo tengo que recoger el cesto de mimbre y bajar por

flores húmedas para llevarme a los labios, por agua fresca de la acequia para aclarar mis ojos. Pero estoy aquí como detenido por el tiempo mientras los veo acercarse, todavía muy distantes, saltando y gritando: Que ya estamos aquí. Diciendo: ¿Dónde estás? Por eso ahora hay que apresurarse y bajar a su encuentro, como antes, como tantas veces. La Casa, bien es verdad, da también satisfacciones después de algunos disgustos.

**E**l jardín resplandecía en la tarde de verano: las buganvillas se mezclaban a las campanillas trepadoras y el agua de las fuentes se hacía oír sobre los gritos lejanos y aislados de las niñas. Los niños corrían de aquí para allá y jugaban a la gallinita ciega, espantando a los patos y aumentando el dolor de cabeza de las tías abuelas, dolor tan crónico como ellas mismas. En la glorieta de enmedio las personas mayores tomaban el chocolate y conversaban con la cautela propia de la educación de la época. De todos modos, nunca venía mal un exceso de delicadeza teniendo en cuenta que en los mejores días de la Casa los torbellinos pasionales estaban a la orden del día. Aquellos veranos nunca habrían sido tan deliciosos si hubiesen faltado los desastres familiares.

Por eso, a una ruptura primaveral seguía una reconciliación de entretiempo, y a un acuerdo de principios de verano una catástrofe calurosa matizada por chaparrones de estío. Y por todo esto es de comprender que las niñas y las institutrices viviesen con el alma pendiente de un hilo. No obstante, en esta maravillosa tarde estival todo parecía desarrollarse perfectamente. Hasta que ciertos movimientos de masas en la glorieta pusieron sobre aviso al ejército de nurses de que algo habitual sucedía en la familia. Entonces se oyeron gritos y voces agrias y cada niñera corrió a poner a salvo de espectáculos a las tiernas criaturas encomendadas a su cargo. Hubo, como otras veces, revuelo de faldas y sombreros y enaguas y sombrillas, y algún jovencito imberbe fue a parar a los pilones llevando tras de sí pamelas y patos, y hasta alguna tía abuela, todo revuelto.

Las institutrices inventaron apresuradamente un corro de la patata o un veo-veo con la sola finalidad de mantener a la infancia ajena a los dramas de familia, con gran trabajo naturalmente, pues más de un mocito aseguró en voz alta: Papá grita a mamá. O también: Tía Carlota abofetea a mademoiselle de Fersen. O: Al abuelito se lo llevan porque le están dando los estertores.

Concretamente, esta vez ninguna dama manejó la sombrilla o el abanico con la soltura propia de la familia y las palabras no llegaron a mayores. Sólo se vio salir enfurecido al primo Gómez y poner en marcha, con el estrépito connatural a la época, el Peu-

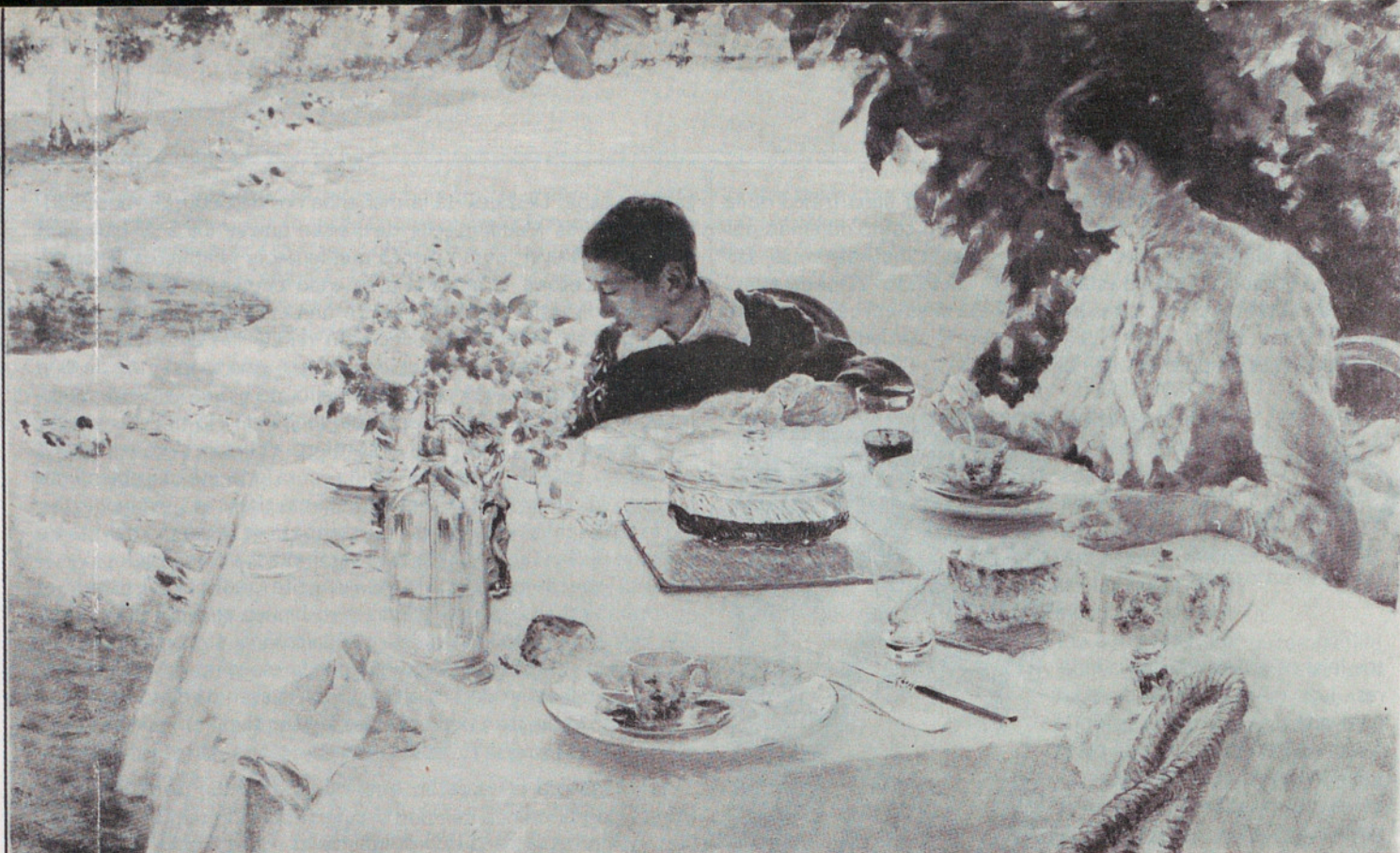


geot de papá. Después de la merienda nos despedimos todos cariñosamente de Mademoiselle de Fersen que se iba a su país para nunca más volver, como oímos que le decía la abuelita gritando, sin duda porque la anciana a su edad empezaba a padecer del oído. La discusión de familia duró una eternidad a juzgar por las veces que las señoritas nos hicieron repetir un escondite inglés. Después de tomar los bollos de las seis, nos enteramos de que papá tenía algo que ver en todo aquello, pero directamente, puesto que se volvió a oír a la abuelita vociferar: No hijo, tu puesto está en esta casa. A lo que él contestó algo sobre Mademoiselle de Fersen, pero llamándola Odille, cosa que inexplicablemente provocó los desmayos de mamá y algunas tías más jóvenes. Hubo conmoción entre el servicio y entrechocar de vasos y botellitas de agua de azahar y de El Carmen; aminorados estos ruidos por el vocerío que aumentaba alarmantemente pudimos distinguir al acaloramiento del primo Gómez y su brusca partida. Mis hermanos, mis primos, los niños de los Villalcázar y yo corrimos en pos del Peugeot de papá perseguidos por la escuadra de institutrices que se afanaban en darnos alcance por la avenida de robles mientras sus gritos se iban perdiendo en la lejanía con un sonido como de: Al-fre-ee-dito-O-ti-lii-taa-l-no-cen-tii-to-ooo, A-ma-lii-taaaaaaa.

Esto sucedía la tarde en que, horas después, traían al primo Gómez con el cráneo hendido y sangrante, todo teñido de bermeillon, como decía papá de las cupletistas. Daba Gómez boqueadas al faltarle el aire y cubría su rostro una palidez mortal. Supimos que antes de expirar pronunció sobre mi familia una terrible maldición que se sumó a la interminable lista de maldiciones que aquellas gentes exquisitas fueron coleccionando durante toda su vida, a la par que caballos, vino francés e institutrices.

Pero los niños éramos así, puros e inocentes; no comprendíamos las pasiones destempladas del mundo de los grandes. Fuimos encerrados todos en la sala del piano, donde la tita Cuca nos tuvo dos horas al compás de la Marcha Fúnebre, mientras Alfredito y mi primo Oscar preguntaban incesantemente si era el fin del mun-





do y mi hermana Otilita despeluchaba una muñeca carísima que le habían traído de París. A las preguntas, Cuca contestaba invariablemente que no a las niñas y que sí a los niños, y nos prohibió que jugásemos con el guiñol porque estábamos de duelo.

No obstante, la naturaleza se había puesto de acuerdo para llevar la contraria a la familia y todo parecía en orden en el jardín, a la inversa de otras tardes en las que la lluvia intempestiva de verano aguó en más de una ocasión el chocolate en el parterre. Yo me aburría encerrado y decidí escabullirme tras una cortina para recorrer la Casa a mis anchas. A la quinta repetición de la Marcha Fúnebre me fui.

Subí sin ser visto por las escaleras amparándome en la penumbra. A lo lejos se oían sollozos ahogados y voces que susurraban instrucciones a la servidumbre. Llegué hasta el salón de las cristalerías y allí estaba casi toda la familia, rodeada de candelabros y de pañuelos y de tisanas. Y en el centro el primo Gómez con la cabeza abierta. Desde la sombra que proyectaba la réplica de un San Carlos Borromeo observé la situación hasta que alguien gritó. Comenzaron otra vez las voces y los desmayos. Alguien dijo histéricamente: que a Cuca no se le ocurra dejar a los niños. Cosa improbable, desde luego, porque debía ir por el décimo bis y estaría encantada al haber mejorado su técnica. Los gritos se hicieron más y más violentos. Miré al suelo y vi libros de la biblioteca de papá desparramados sobre la alfombra: el poema de Longfellow lo reconocí por una ilustración, pues estaba abierto por el medio y revuelto con los otros. Los gritos eran como murmullos y jadeos que se pegasen a las paredes y descendiesen por encima de los cuadros y de los espejos en una conjunción espeluznante. Entonces me escabullí de nuevo y alcancé, en medio del alboroto, la balconada. Aún no había terminado de ponerse el sol y el horizonte, allá lejos, lindando casi con el huerto, aparecía dorado y luminoso. De pronto, a mis espaldas las voces callaron y se detuvo el tiempo. Como si una cortina de acero o un cristal a prueba de ruidos me hubiese separado de los presentes haciéndome totalmente ajeno a ellos. Miré a la lejanía y entonces los vi. Eran ellos, como siempre, como tantas tardes.

Estaba aislado completamente en mi espacio y en mis oídos jugaban alegres las notas de la flauta que el airecillo de la tarde me traía. Habían saltado la tapia del fondo y venían contentos, como

cada tarde, allí en la lejanía, cantando y diciendo: Que ya estamos aquí. Y totalmente ajenos a todo, gritando: ¿Dónde estás? Y yo los veía venir lentamente, entre la bruma y la luz mortecina de la tarde que empezaba a morir sin prisa.

Después de caricias y de besos, cuando nuestra piel estaba ya quemada del calor de la tarde y del calor de los labios y del calor del roce de las manos incansablemente viajeras a través de nuestros cuerpos; después de que nuestras pupilas hubiesen aumentado de tamaño y cuando oíamos de nuevo el canto de los pájaros en el jardín, Cuca se vistió y empezó a arreglarse el complicado peinado con un sínfn de bucles y horquillas. Luego se miró con lentitud en el espejo de la cómoda chippendale, arrinconada allí como tantos otros muebles víctimas de los juegos infantiles de otras épocas, y pausadamente salió de la habitación. Bajó convencida de que mamá o tía Carlota le dirían: Te he estado buscando. Pero ella ya sabía que, como otras veces, hablarían sin esperar respuesta.

Cuca salió al jardín y esquivó el paso de los posibles intrusos que pudieran percibir el color de sus mejillas o el brillo demasiado alegre de sus ojos caramelo.





Una vez al fondo de la avenida de robles, abrió un libro que llevaba semanas leyendo; pero su mirada se deslizó a lo lejos, hasta una ventanita del tercer piso que pertenecía a una de las habitaciones clausuradas, depósito de muebles inservibles y libros de medicina. Allí, un ligero movimiento de la contraventana le hizo saber que sus miradas eran esperadas y sus pensamientos recibidos. Yo tardé todavía unos minutos en vestirme, deslizarme por una de las puertas que daban al jardín de atrás y volver fatigado a tomar el chocolate en familia.

Me acordé mucho de Cuca después de guerra; eché mucho de menos su forma de esperar una mirada de complicidad delante de todos o la delicadeza con que le decía al abuelo: ¿Cómo dices que escribió Rimbaud? A lo que él respondía invariablemente: Ese señor no es para ti. Y ella enrojecía de rabia sin atreverse a responder que ya tenía treinta años y que había leído a Rimbaud decenas de veces. Sólo más tarde, en el cuartito del tercer piso, mientras desabotonaba impaciente su vestido y se soltaba aquel complicado peinado, murmuraba encolerizada: ¿Y de Proust, qué me dice de Proust el vejstorio? Y yo, besándole el cuello poco a poco y acariciando sus brazos y sus pechos, rezongaba bajito: "Comment, répondit le baron, c'était donc la première fois?"

Fueron muchas veces las que me acordé de ella más tarde y quizás haya sido la mujer que más me atrajo de todas las que conocí en aquella época. Después de guerra la recordaba casi continuamente en los días que estuve en Barcelona. Encontré una mujer joven que se parecía extraordinariamente a ella. Era una muchacha débil y algo enfermiza, marchita a temprana edad acaso debido a su trabajo. Tenía los ojos de color caramelo como Cuca y hasta sonreía a veces igual. No importa cómo se llamase. A los pocos días de encontrarla me dijo que se iba. Embarcaba para muy lejos. ¿Qué harás sola en una ciudad desconocida? le dije. Y tú, me respondió ¿que harás con tus apenas diecisiete años? Me quedé mirándola sin decirle adiós mientras se alejaba en la bruma del puerto, o quizás en la de mi recuerdo, porque sé que balbucí: ¿Puedo parecer tan joven? Ella no me había oído y ya iba lejos. ¡Cuca!, grité desesperado.

Me asomé a la ventana de la biblioteca y grité: ¡Cuca! Ella no me oyó y yo redoblé mis gritos, desesperado. Mamá y los demás se habían encerrado en sus habitaciones. Apareció Amparo: Qué dice su madre que deje usted de gritar, que ya no es usted un niño. Me volví a la ventana y la llamé de nuevo. Ella no miró atrás ni una sola vez. El chófer colocó su equipaje en el coche y cerró



la portezuela tras de ella. Te quiero, grité a pleno pulmón. El auto partió rápido por la avenida de robles. Salí al pasillo enfurecido y golpeé en las puertas de los dormitorios. ¡Que habéis hecho! ¡Decidle que vuelva! Nadie me respondió. ¡Toda la culpa es vuestra!, aullé. ¡Intransigentes, hipócritas! El pasillo permaneció en silencio. ¡Pues, bien!, continué. ¡Sabed que nos amábamos, sabedlo de una vez! La alcoba de tía Carlota se iluminó: No te consiento... Yo le grité a la cara: ¡Fuera de mi vista! Y corrí escaleras arriba, hasta el cuartito del tercer piso. Se me humedecieron los ojos. Les habría destruido en su elegante silencio.

Pero aquella actitud de drama refinado no podía durar mucho. Al poco, comencé a oír los murmullos indignados del abuelo y las idas apresuradas de Amparo y otros del servicio en busca de tilas. Luego llegó un automóvil. Desde la ventana vi a papá que volvía apresurado con los cuñados. El estrépito de las conversaciones se fue haciendo patente a medida que se iban abriendo las puertas de las alcobas. El teléfono, con su incesante repiqueteo, que nadie descolgaba y los perros de caza colaboraron como siempre a la puesta en escena de la despedida de Cuca, despedida que fue, como tantas otras, definitiva e irremediable.

Me dolía que Cuca hubiese decidido dejarnos a todos para siempre. A todos; incluso a mí. Y a la Casa. Pero años hacía que el primo Gómez nos había abandonado también. Al menos ella nos dejaba por propia voluntad. El hastío y la derrota de una vida marchita entre cadáveres mustios le habían obligado a tomar una decisión definitiva. Ella fue inteligente. Me dolía en mi vanidad que ella, a última hora, me hubiese agrupado en el montón inservible de ropa vieja y sucia, y de que no hubiese tenido en cuenta aquellas tardes del cuartito trastero. Pero no pude reprocharle nada: había elegido la libertad. Y ahora los cadáveres se animaban en el piso inmediato mientras a mí la cabeza me daba vueltas y los ojos se me llenaban de lágrimas, y la elegancia de cartón de la familia había desaparecido. Los muertos se culpaban mutuamente de la nueva desgracia mientras mamá se desmayaba, los cuñados agotaban el brandy, papá vociferaba y tía Carlota se retorció las manos histéricamente diciendo, como cientos de veces antes y después: Esto es el fin, creedme, es-el-fi-in. Pero yo sabía que esta vez habría novedades, pues no en vano había osado gritarles a la cara "indecencias". Efectivamente, al poco subió Amparo congestionada: Que dice su padre que baje usted. La miré sin reconocer-

la, tan lejos estaba yo en esos momentos de dar una respuesta coherente. Balbucí sonidos ininteligibles. Mis ojos se desviaron y a través de la ventana fijé la mirada en unas siluetas que, lejanas, avanzaban hacia la Casa más allá del jardín. Lentamente, distantes, habrían saltado la tapia que daba al huerto. ¿Cómo dice usted? susurró Amparo desconcertada sacando un pañuelito arrugado de la manga izquierda.

La miré estupefacto. Son ellos, dije. Casi podía oír entonces las alegres notas de la flauta que llegaban hasta mí como a través del tiempo. Amparo miró también curiosa hacia el fondo del jardín. Luego recordando su obligación, insistió nerviosa: Que dice su padre... Ya la he oído, corté secamente. Dígame de mi parte que se pueden morir todos. Ella retrocedió espantada. Yo me volví a la ventana. Eran ellos, venían como cada tarde con sus instrumentos de música bajo el brazo y envueltos en un especial aire de fiesta. Por fin llegaban, como tantas veces. De improviso. De repente aparecían y entonces yo me daba cuenta de que había estado todo el tiempo esperándolos. Qué dicha, ya estaban aquí; sin embargo Cuca no estaba ya y no podría oír más sus canciones ni charlar alegremente como cada tarde: ella había escogido la libertad. Y por encima del estrépito de las voces familiares se alcanzaba a oír el consabido: Ya estamos aquí; y canturreando: ¿Dónde estás? Entonces miré hacia atrás y vi a Amparo que, inmóvil, los veía venir. En sus ojos brillaban las lágrimas. No se había movido en todo este rato y clavada en el suelo parecía ausente y sumida en su pensamientos. Se me encogió el corazón y me dí cuenta de que ella también estaba, como yo, encadenada a la Casa y que, por muy inmenso que fuera, nuestro horizonte siempre nos quedaría pequeño. Aquella ventana y las otras eran nuestra escapatoria diaria y todo se ponía de acuerdo para ceñirnos a aquel mundo que odiábamos y amábamos a la vez. Pero, afortunadamente, ellos venían ahora, como cada tarde, trayéndonos sus canciones y sus risas. Y viéndolos venir desde allí nos parecía una secuencia interminable de un cinematógrafo averiado y repetitivo. Entonces creo que sonreí y tomando de la mano a la vieja Amparo la acerqué a la ventana preguntando: ¿Los ves? Ella, muy seria, como asustada, con los ojos húmedos, inclinaba la cabeza imperceptiblemente diciendo qué sí. Pero ansiosa, expectante, maravillada y temerosa, como una niña ilusionada con un juguete grande y nuevo, apretaba con fuerza mi mano entre las suyas; mientras, temblando



—ya estaba vieja—, miraba fijamente y decía que sí. Entonces sonreí tristemente un poquito más y las lágrimas vinieron a mis ojos. Ellos llegaban a través de una cortina de lluvia, entre la bruma del llanto. Y decían alegres: ¿Dónde estás? Agité una mano en señal de bienvenida, como cada tarde, mientras una lágrima me resbalaba por la mejilla hasta inundar mis labios de su salado sabor. Cuca había elegido la libertad.

Cuando miró atrás y me doy cuenta de lo lejos que estoy de tantas cosas no puedo evitar la duda: ¿para qué han servido tantos días de sol y tantos de lluvia? Cuando veo todo lo que he dejado, todo lo que ha muerto, todo lo que se ha secado, la duda surge: ¿Para qué los besos y las lágrimas y las canciones? ¿Para qué el tiempo, medida absurda, y su paso por las vidas y por los cuerpos? Vuelve la duda y anida en la Casa. Sus pasillos, sus salas vacías y sus ventanas abiertas a la cotidiana incógnita me preguntan incesantemente si toda mi vida no ha sido una contradicción monstruosa, si no he nacido acaso con el único fin de morir y si mis diecisiete, mis veintiocho o mis treintaicinco años no son sino una excusa ante los demás. Quizás la duda, la Duda esta vez, no sea sino la Casa misma. La terrible y añorada mansión a la que estoy encadenado como tantos otros. Cada uno está atado a su duda, a su vida y a su muerte. Recuerdo a la vieja Amparo esclavizada a su duda y a la Casa, a Cuca huyendo y al primo Gómez desencadenándose por un estúpido accidente de coche. ¿Quién les iría a decir que seguirían atados y condenados a su Casa y que el paso de los siglos no serviría de nada? Y los otros, engreídos, soberbios, atrincherados en su ignorancia, o quizá, sabedores de su duda, hipócritas consigo mismos durante vidas enteras. ¿Intuyó, vislumbró alguno de ellos la verdad? ¿Creyeron adivinar en algún momento de sus existencias mediocres y disparatadas y vendándose los ojos decidieron seguir adelante engañándose a sí mismos y equivocándonos a todos? ¿Tuvieron el valor de fingir toda una vida creyendo sublimemente una cobardía absurda?

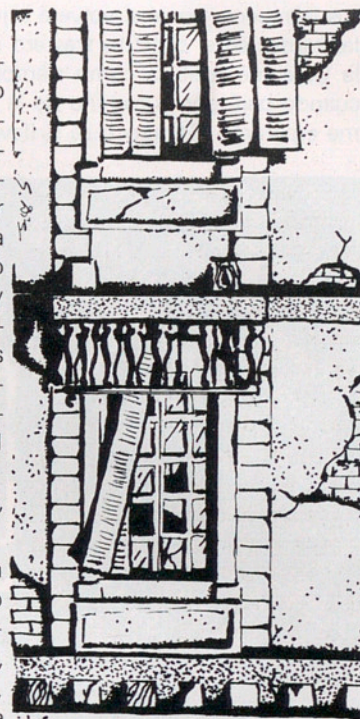
La Casa me espera al final de la cuesta y a ellos también. La Casa nos ha estado esperando durante siglos y aún continuará así: ella no cambiará de parecer. Y Cuca y Amparo y yo seguiremos eternamente esperando asimismo, cada uno con su duda, cada uno en un tiempo y un lugar diferentes, quizás a miles de kilómetros de distancia, quizás en diferentes siglos, a que ellos vuelvan a aparecer sonrientes al fondo del jardín con sus instrumentos de música, diciendo: Que estamos aquí. Dulces y bellos, jóvenes con sus canciones de amor en los labios y con sus risas y su juegos.

Me he marchitado como una flor, me he secado como la hierba de los campos. Pero pertenezco al tipo de flora que rodea el jardín y el patio y la avenida de robles. Y todos los demás también. Toda la familia. Y mucha más gente que conozco, que conocí y que durante años todavía conoceré. Porque ellos estarán siempre sumergidos en su duda y yo en la mía. Durante horas, años, durante siglos, seguiré viniendo a la Casa para que ella recree sus tormentas en mí, para que el jardín florezca de nuevo y el agua de la acequia se purifique. Por eso hoy he vuelto hasta aquí y he desechado la idea de escribir hoy mis poemas y mis mensajes. Sólo tengo que aguantar y contener el aliento, enjugarme, quizás, las lágrimas y olvidarme de aquellos besos húmedos de las tardes de verano. Y la vida volverá. Y ellos volverán, como cada tarde, con sus instrumentos de música bajo el brazo y sus risas, desde el fondo del jardín, diciendo: ¿Dónde estás? Para qué, pues, empezar a escribir mis poemas si sabemos que allí al final de la cuesta está la Casa.

He bajado a su encuentro, como otras veces, después de verlos venir desde la balconada del tercer piso y todavía mojado y confuso por la tormenta y las emociones que la Casa ha despertado en mí. Ahí vienen los dos; desde lejos aún los veía difuminados. Sus voces me llegaban, alegres, transportadas por el aire húmedo y sus canciones frescas. Aquí vienen los dos, riendo, como cada tarde.

Detrás de mí queda la Casa vacía, la puerta abierta, el cesto de mimbre y los libros viejos tirados en el suelo: Chateaubriand, Keats y una hoja de Logfellow, la de la ilustración victoriana, ha sido llevada por el aire hasta la acequia y ahora se baña en un desteñirse monótono. Aquí están ellos y les sonrío dándoles la bienvenida como en aquellos días y como siempre.

Ya no se siente el murmullo del agua del estanque y veo que la maleza invade el jardín. Medio secos los robles de la avenida parecen decirme adiós con sus ramas que agita el viento frío del invierno. Los pájaros han enmudecido y ya no es época de flores: el jardín aparece seco y solitario. Todo ha cambiado repentinamente. Hasta la Casa no parece la misma. Sus ventanales están abiertos, carcomidos, rotos muchos de los cristales y esa apariencia dorada que maravilló a generaciones enteras ya no existe: sus paredes están grises y aburridas, su fachada desconchada y roto y vencido el portón. La humedad y el polvo arruinaron hace ya mucho tiempo los pesados cortinajes de la entrada y la hierba y la yedra se adueñaron de sus salones.







*Parma. Aranciera di Parma. G. Carmignani.*

Era noche de San Juan  
y estaba la luna llena,  
de hogueras cubierto el campo,  
todo el campo eran hogueras.

En un rincón apartado,  
lejos del campo, fuera;  
apiñados en redor,  
todos juntos a su vera,  
escucha un corro de niños  
de labios de una sirena,  
la historia del pescador  
que fue encantado por ella.

Tiene los labios tan rojos,  
se escucha la voz tan fresca;  
siendo los ojos tan claros,  
son las pupilas tan negras,  
que todos quisieran ser  
el pescador de leyenda.

Era noche de San Juan  
y estaba la luna llena,  
Diciendo que iba a la luna  
se los llevaba con ella.

Unos montan en la cola,  
otros en la cabellera,  
y, aquel que más la quería  
entre los senos se aprieta.

Era noche de San Juan  
y estaba la luna llena  
de hogueras cubierto el campo  
todo el campo eran hogueras.

# TRES POEMAS



Sólo pienso en morir y muero un poco  
cada vez que a la muerte me imagino,  
que pensar en morir no es un camino,  
que pensar en morir es estar loco.

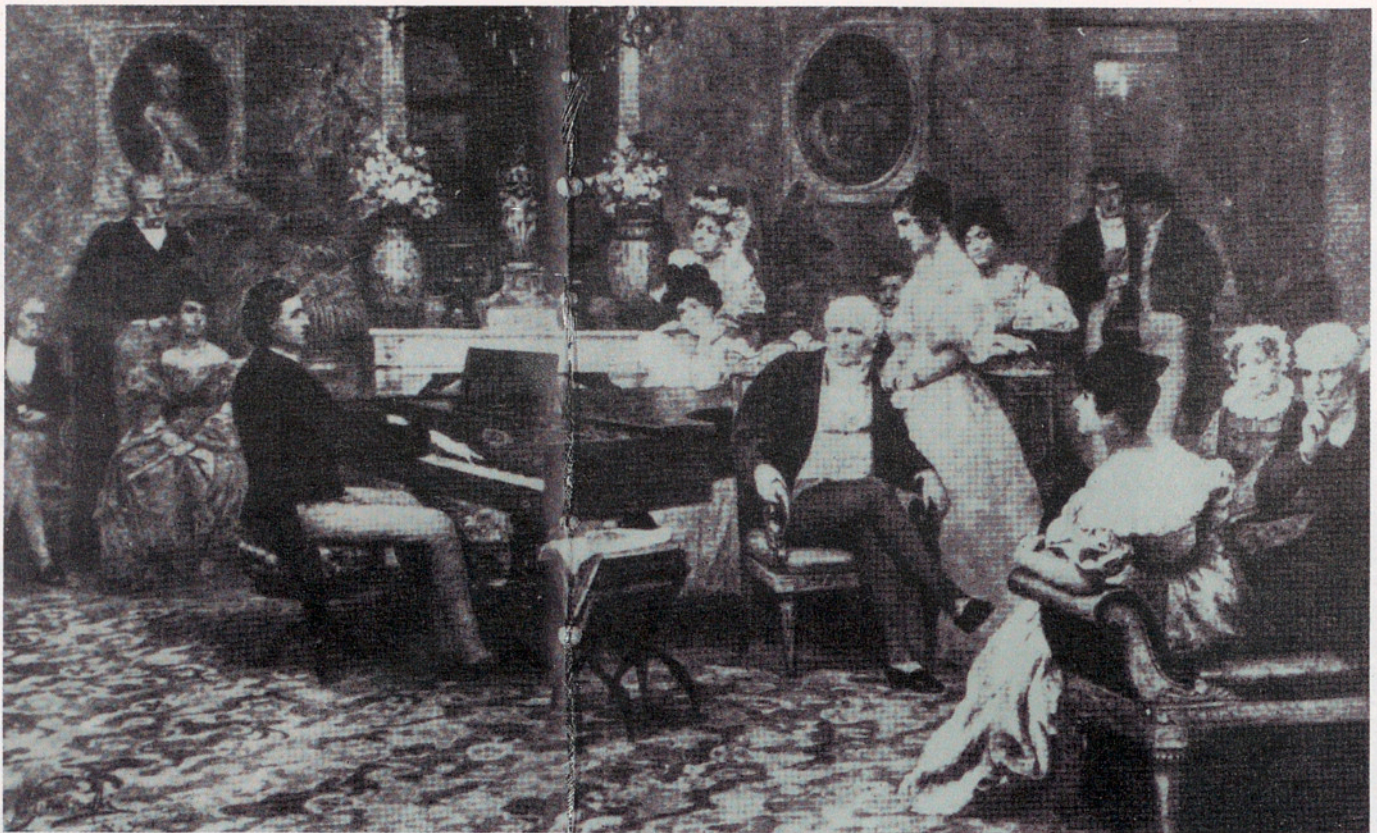
De pensar en morir mi muerte enfoco.  
¿Malogrará la muerte mi destino?  
Qué hay detrás de la muerte no adivino;  
si morir es morir no sé tampoco.

Mas tengo una existencia que reclama,  
una vida presente a cada instante,  
ese instante divino del deseo.

La muerte queda lejos, no me llama,  
y me abrazo a la muerte, y quedo amante  
de esa vida fugaz que no poseo.

**Jorge Martín Matamala**

*Escollera o paisaje de la isla de Rungen.  
Gaspar David Friederich.*



Chopin en casa del Príncipe Radziwiłł en Antonin (1829). Cuadro de Semiradzki.

# Chopin

Se están sentando en el saloncito del piano, los versos. Uno tras otro, en prolongadas hileras, van ocupando todas las filas disponibles para la audición vespertina.

Allí están todos con sus rostros inquietos, preguntándose el cómo y por qué de sentarse allí mismo, cada uno en su rectángulo, para escuchar al nuevo músico del que tanto se habla. Con su cara de nostalgia, de risa, de ambivalencia. Todos allí bien quietos esperando entre pausa y silencio de los comentarios circundantes.

Bien dispuestos y derechos en sus respaldos rectos, con las piernas cruzadas y los zapatos en punta, las manos sobre el pantalón como cayendo delicadas la una encima de la otra, ligeramente abiertas las palmas hacia arriba, en un intento de tocar las moléculas de polvo, las notas que van a vibrar en un momento en la cálida estancia.

Por la puerta de la derecha, en el saloncito pequeño y adecuado, entra el ejecutante, ligeramente desmañado, dejando caer sus brazos, sus manos largas y perfectas, casi exclusivamente dibujadas para bailar sobre el teclado de mi piano, tan desafinado últimamente.

Así se quedan todos como sin respiración, como en un silencio hondo que se transparenta desde el honor de cada uno, desde el común interrogante, la curiosidad de sentir.



*Teclas negras.*

*De tí y para tí con un pequeño intervalo  
Agudas cuchillas rasgando el pentagrama  
estilizado y largo.*

*Me mimetizo en el sonido,  
en el único quejido del borde del cigarro,  
cayendo ligeramente sobre mi mano.*

*Desprendiéndose el quejido pausado,  
como un dolor intermitente, piadoso.*

*La sombra del pequeño párrafo perdiéndose  
cobrando forma humana destilada en cada nota.*

*Teclas negras.*

*De tí y para tí, inertes.*

Chopin se sienta en el banquito, sus facciones tristes, semideruidas, marcadas tristezas bajo los ojos. Se pudieran adivinar incluso en las sinuosas ondas del cabello, en las sienes, las pasiones profundas que van a desencadenarse sobre las teclas. Los días eternos de los nocturnos, de hora en hora persiguiéndolos para acabar dibujando minuciosamente estos sonidos a destiempo, o este zigzagueante compás de parejas, girando en el eterno vestíbulo de su sensibilidad.

A ritmo acompasado de vals. De vals increíblemente perfecto en cada pausa, cada breve estallido, cada bemol. A ritmo acompasado de vals con cadencia impetuosa, con un andar de aire, como de insecto sobre los dedos. Como una pequeña alegría, un esbozo de sonrisa, un inaudito despertarse subiendo poco a poco hasta el pecho.

A ritmo acompasado de Chopin sentándose en el cuarto de al lado, en el banquito del piano, como interpretando mi propio preludio.

Y van cambiando de cara los versos. Unos se tornan amables y plácidos con los primeros acordes, otros ignoran absolutamente la composición.

Poco a poco van cayendo todos en el letargo, en el sueño rizado de las terceras, de las octavas simétricamente resueltas, renaciendo súbitamente de sí mismas, arrancándose en cóleras, en tempestades, en arrebatados compases de fuego. Todo el cúmulo de terribles sospechas, todo revuelto y disfrazado, levantándose por detrás del piano. Inevitablemente los versos se vuelven forzados hacia allá de donde surgen las notas, como un volcán colérico vomitando un vibrante alud de sensaciones.

El auditorio, pillado por sorpresa, no sabe ya hilar sus gestos. Cómo alcanzar tal estruendo sonoro, ni este silencio repentino... este silencio.

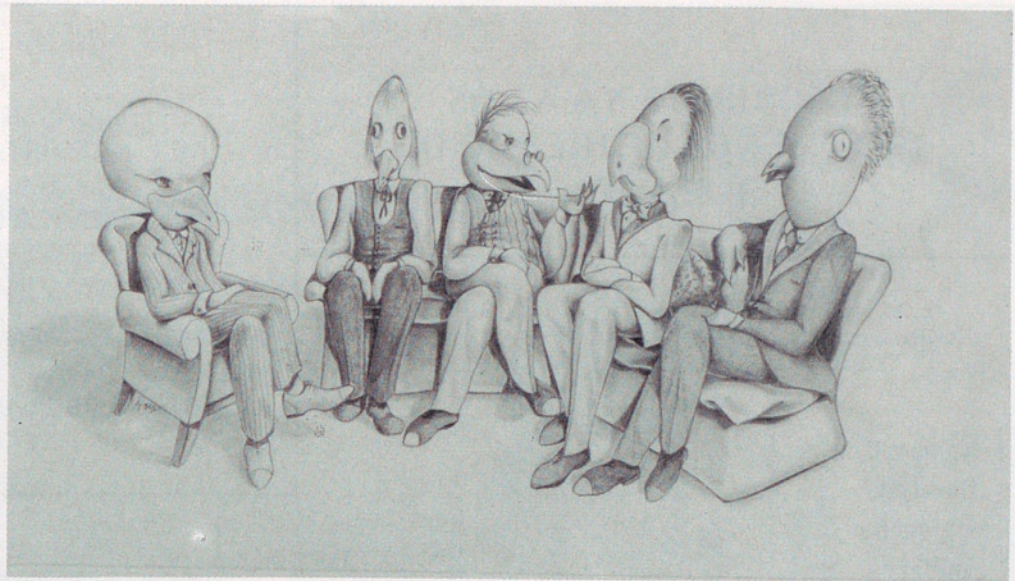
De una en una, rodando lentas por la alfombra, pequeñitas y suaves, cayéndome eternamente por dentro, deslizándose tranquilas, conteniendo el ritmo de mi respiración.

Como gotas de agua queriéndose escapar, sin saber bien de qué, su suicidio lento, inagotable, para aferrarse al tiempo, para dejarnos en las manos, temblorosas, un poco de su agonía. Huidizas del lento avanzar en su estructura, en sus sólidos folios de cinco líneas. Serpenteando por el suelo, cayéndose, desparramándose desde el borde de la estantería, para recorrer inexactas, breves, estos pocos momentos de ternura, estos retales recortados de deseos, muriéndose apenas agarradas en mi cuello.

Chopin y tú os sentais en el mismo sillón cuando yo estoy. Dejando que salpiquen las vidas inacabadas, como las vuestras, que nos salpiquen a todos los que nos deslizamos por las mismas notas a veces, casi siempre, por las mismas pasiones, por los "staccato" y los "crescendo". Los que nos movemos imperceptiblemente casi, sobre el teclado, de alguna manera sobre el papel en blanco, sobre el pentagrama maduro, para despintarnos salvajes y arrebatados, agónicos y turbulentos.

Pero hoy se escapan, se pierden como de costumbre, por debajo de las alfombras, por encima de los cuadros, desde el borde de tus labios, se escapan adormecidas, como naciendo otra vez, las tristezas, como esparciéndose de nuevo, agarrándose al dintel de la puerta, subiéndose por la cama, alcanzándome los hombros. Esforzadas notas de agua, de ondas de color violeta, de espuma, de maldiciones.

Ayer Chopin, aunque nadie lo crea, se sentaba en tu sillón y me contaba despacito, con el pañuelo en la mano, con sus folios sobre la mesa. Me hablaba bajo y detalladamente, de ti y de los otros, de los que nunca supimos dónde queda el límite de lo inagotable, dónde se acabó la noche, de los que también coleccionamos pétalos, moribundos pétalos marchitos.



---

*...Allí están todos con sus rostros inquietos... para escuchar al nuevo músico del que tanto se habla...*

---

Y después, volando por las cimas, por los picos más agudos, peligrosamente, como un pájaro sobre los horrores de un abismo planeando majestuoso, lánguido, marcando cada corchea con pereza, alterando un poquito el ritmo y el compás.

Van muriendo las notas sobre el piano, deteniéndose segundos inexactos sobre un bemol inesperado, un caerse de lleno en el final, solemnemente, como de carcajada, como de llanto triste, de inútil intento.

Se están levantando de sus asientos, con caras descompuestas los versos, deshaciendo sus hileras sin saber qué decir. En silencio van abandonando la sala, con expresiones graves, incongruentes, con la mirada extraviada en su página siguiente. Claramente desconcertados por un Chopin que llora sobre la madera de mi viejo piano, que esboza tranquilamente una sonrisa, que se empeña en levantarse sobre las nubes y desgarrarlas con sus ansias de vivir, de deshacer hasta el último momento, de apresurar la última gota de su copa endeble.

Rosalía



Chopin. Dibujo a lápiz por Jorge Sand.

---

*...dónde queda el límite de lo inagotable, dónde se acabó la noche, de los que también coleccionamos pétalos, moribundos pétalos marchitos...*

---

**SUSCRIBETE YA A LOS  
12 NUMEROS DE HIERRO DE  
ROBINSON**

Rellena, recorta y envía este boletín a: MAURI MIGUEL.  
C/ Batalla de Belchite, 14 - 5º B - MADRID-7

Nombre D.....  
Dirección.....  
Profesión.....  
Teléfono.....  
Firma.....

Se suscribe a la revista Robinsón por 12  
números. Pago:

Giro Postal.....   
Cheque.....   
Metálico.....

También puedes girarnos tu apoyo económico por 2.500 Ptas.

CON LA SUSCRIPCION EVITARAS  
LAS INEVITABLES SUBIDAS DE PRECIO  
DE LA REVISTA Y VENCERAS A LA INFLACION

ACOGETE A NUESTRA OFERTA INICIAL  
1.000 PESETAS 12 NUMEROS  
Y YA TE AHORRAS 500 SOBRE EL PRECIO ACTUAL

ADEMAS TE REGALAMOS EL NUMERO DE "EL PIRATA" LAS  
PELICULAS DE NUESTROS SUEÑOS" Y UNA COLECCION DE  
TARJETAS CON LAS IMAGENES REPRODUCIDAS EN LA  
PAG. 18 DE ROBINSON

*Nuevo Café Barbieri*



Ave María, 45  
Telf. 2273658

Madrid 12

**ROBINSON**

*Zama*



LIBRERIA  
GALERIA DE ARTE  
Fuencarral, 91 (entrada por  
Corredera Alta de San Pablo)  
Teléfono 446 62 18 Madrid - 10

Imprime  
SAOR. C/ Wad-ras, 12  
Depósito legal. M. 35404 - 82



Los Caminos a Itaca

## Los Caminos a Itaca

“Cuando emprendas el viaje hacia Itaca debes pedir que el camino sea largo rico en experiencias, en conocimiento...”

Así comienza una traducción a los versos de Kavafis.

Vale la pena hacer un alto en el trayecto, aguantar la fatiga y anunciarse peldaño a peldaño en la balaustrada de una catedral, tícidamente, como si nuestra visita hubiera sido profetizada y la memoria de la ancestral arquitectura hubiera tenido siempre presente este momento. Seguro que las arcadas habrán compuesto su ceremonia en nuestro honor, su fiesta para nuestra sensibilidad y su arenga para nuestra reflexión. Un saludo de tiempos remotos, un emblema hacia la paz más íntima que nos identifique, desde las vidrieras policromadas, raptará nuestros sentidos con la descomposición de un prisma de luz. Remontaremos el camino abandonando la catedral, allí donde la vida del genio artista quizá hubo de consumirse, y no habremos descifrado la leyenda de su noble sillera coral.

Es agradable hospedarse en la fonda de un pueblo perdido y escuchar los repiques de una desnuda espadaña. Podrá ser la señal inequívoca para enderezar la ruta jacobea o el destierro del Cid, para adentrarse por los campos de Castilla que son una auténtica ofrenda, donde los únicos héroes que se mantienen en pie son los monumentos románicos. Por donde la tierra exigió su tributo entraña a entraña a los poetas, y a quienes trataron de escudriñar su duelo celosamente guardado, pasaremos silenciosos... Es posible aún refugiarse en una iglesia románica y reconfortarse en su humedad añeja, como lo es alegóricamente el beber del manantial sempiterno que brota de unas ruinas milenarias.

Para todo ello, una sola condición es necesaria: la de haber llegado al meridiano de nuestro trayecto sedientos, la de haber comprobado que el ayuno como bien lo saben los viajeros que precisan de las continuas



metamorfosis del paisaje para calmar su espíritu y quienes buscan desfallecer ante el encanto inaprehensible de un museo— aumenta nuestras facultades perceptivas.

Los místicos hindúes saben de estos ritos para la singular purificación, hasta el punto de reducir su ritmo cardíaco a la misma latencia del reino mineral. Más para un occidental ¿qué mayor experiencia que la del “sueño de la razón” al quedarse traspuesto en la biblioteca de un monasterio benedictino? ¿qué mayor deleite que el de sentirse vencido por la quimera de la sabiduría, abigarrada en los papiros y códices de los anaqueles?

Al fin de sus aventuras muchos buscadores pretendieron aún encontrar su tesoro. Las mezquitas y los palacios árabes, sus puertas adinteladas en ojiva si nuestra ruta es la

de las caravanas, pueden darnos también esa posibilidad. Siempre se me han asemejado a las cerraduras de gigantes cofres, y cuando recorrí los jardines del Generalife recreándome en su flora, en sus mosaicos y surtidores, supe que de habitar allí jamás envejecería mi espíritu.

Esta página pretenderá a partir de ahora contemplar la inmortal obra del arte. Aportar a su grandeza interpretando en palabras nuestra emoción estética personal, ya sea una pintura, cerámica, etc., si como se asegura, un gran cuadro no ha de adquirir su verdadero significado sin la sensibilidad de quien lo contempla.

Mauri Miguel

estrechos, húmedos y secretos, para disfrutar de paisajes oscuros, de mares tenebrosos y musgosos muros de piedra, viejos conventos, recoletas esquinas, jardines verdes y umbríos y flores. O hacer el amor en la cama de la pensión mientras se oyen pasos por los pasillos, lluvia tras la ventana, campanadas en las iglesias. O ver escaparates de lujo o pasear por la Concha a las tres de la mañana entre borrachos que abandonan el casino derrotados y travestis triunfales o amargados, soñando siempre con una película: "Doble asesinato en San Sebastián", o "Las brujas de San Sebastián", con panorámicas enormes o explicándole a ella lo que es saltarse un eje o la gracia que tiene que F. Trueba haya dicho que se pasaba el record cinematográfico por el c... o que un encuadre es una cosa así, como cuadrada, un rectángulo en cuyo interior hay cosas o no hay nada. Tomando otro café con leche en la plaza de la Constitución y un taxi seguidamente para ir a ver "Fitzcarraldo", la única película genial hasta el momento.

#### LABERINTO EN SAN SEBASTIAN

Y sobre "Fitzcarraldo" puede decirse todo y nada. ¿Se extra-



ñaré alguno si le cuento que sabía de antemano lo que iba a ver? Pues sí, lo sabía, como lo sé

cuando entro en la Filmo a ver "Frankenstein" por enésima vez, como lo sé antes de repetir "El

Tercer Hombre" y como lo sé cuando voy a ver "El último" al Alphaville 5. También sé perfectamente como suena un vals de Chopin que hago girar en el tocadiscos a todas horas, y hay que ser insaciable en esto.

Un temor planeaba: que se tratase de otro "Aguirre" —y no porque "Aguirre" no sea una gran película, sino porque ya estaba hecha. Pero no, hoy hay otro ritmo en Herzog, es su misma mano segura componiendo los planos, creando imágenes, pero la historia es distinta, a medio camino hacia "Moby Dick" a medio camino hacia el soñador más puro e incontaminado o al más audaz de los aventureros. Y yo, enamorado de ese barco y de esa historia de mover montañas o invertir el curso de los ríos en tono de ópera.

Y con Fitzcarraldo cambio todo. Lo que antes era una espera lenta, tranquila, desconfiada por naturaleza pero escéptica, pasó a ser ahora urgencia loca, impaciencia insoportable, nerviosismo inaudito, agitación de los sentidos, Laberinto de pasiones.

Eso fue porque nuestra entrada en la sala, precipitada, casi en el justo momento de iniciarse la proyección, pareció poseer un exacto paralelismo con el comienzo de la aventura de Fitz-



raldo, con su accidentada entrada en el teatro de la ópera donde canta Caruso, arrastrando con la mano a la más magnífica y exuberante Claudia Cardinale que consigo recordar. Porque también a nosotros, como a Fitzcarraldo Caruso, nos pareció que aquel gesto del actor nos implicaba, nos llamaba hacia algún sitio, tiraba de nosotros. Porque por fin sentaba mis ojos en la pantalla de un creador de imágenes, porque ese barco de Fitzcarraldo, esa barca vieja de metal que traspasa la montaña y a veces se estrella contra las paredes del río es hermoso como un gran mito y la aventura de mover una montaña hazaña a la que sólo pueden atreverse los dioses, los héroes o los poetas, los hombres movidos por una verdadera fé, los poseídos por la fuerza de un ideal, los que tienen un sueño. Y Fitzcarraldo, el hombre que tenía un sueño y se empeñó en cumplirlo, pero un verdadero sueño, ambicioso, grande, magnífico, hermoso y por lo tanto, perfectamente inútil.

Las imágenes tenían tanta fuerza que me pareció la primera película que veía en todo el festival y luego temí que tal vez la única.

**SAN SEBASTIAN  
SAN SEBASTIAN  
MARIEMBAD  
O LA ACOSTUMBRADA  
CITA CON MARCEL PROUST**

"Hace cincuenta años ABC decía...". Hace cinco años no llegué a escribir mi crónica privada de un viaje a Donostia. Hace cinco ¿o hace seis? "En este país,

aunque no te lo creas, en este país hubo una vez una guerra" trata de afirmar el viejo fotógrafo de "Maravillas" a Maravillas y a un espectador que tal vez no quiera acordarse de cierto lugar de La Mancha. Recuerdo haber llegado a Donosti en fría jornada gris de huelga general, rabia y tristeza, haber naufragado en el monte Higueldo por una nube que no veía, haber sentido una belleza amarga y un dolor de ruptura, de final, de despedida, y haber buscado algún refugio solitario entre películas de Humphrey Bogart, y haber huido a conocimientos nuevos, y haber visto a Peggy Ann fumando un puro en un confortable tresillo del hotel María Cristina. Recuerdo haber paseado por la arena de la playa pegado a una bicicleta blanca, recuerdo no haber sabido quién era yo, ni quién era él, ni quién era nadie. Recuerdo dolor y fantasmas o haber bailado, por primera vez en mi vida, sin que me lo pidiera nadie, sin que me viera nadie, para nadie, alucinando en la pantalla de colores de un festival de jazz, años más tarde, en San Sebastián Mariembad. Recuerdo no haber escrito una crónica política sobre aquel asesinato de Hondarrabia, que tanto me gustaba la palabra que quería llenar la página entera de Hondarrabias, de hondas rabias por aquel mundo en el que me había tocado vivir, con la política, inevitablemente, comiéndome el coco, pero de una manera que no podrán nunca ustedes llegarse a imaginar, pese a que hacía sol muchas mañanas y a que yo me quería enamorar, de Peggy Ann y escapar a los lazos de un hilo

sutil firmemente tejido en mi torno en un trazado de años, de quinquenios, de décadas. Un no sé qué que me bloqueaba, una incomunicación de película de Antonioni pero sin poder ser yo Monica Vitti.

Pero con ella, de ojos grises, brillantes, más que el titilar de las luces de la playa, más que cualquier esperanza para poseerme más que a Klaus Kinski Fitzcarraldo su antojadizo sueño. Con ella para combatir los fantasmas y enfrentarme a lo adverso, lo desconocido, lo ilusorio y triunfar con un librito de relatos de Jorge Sand o un viaje a las tinieblas del presente, un orgasmo imprevisto o un imposible travelling. Ella, que lee Orlando en cuanto me descuido soñando.

#### ULTIMAS PELICULAS Y UN LIBRO

Presentación del libro de Néstor Almendros "Días de una cámara", edición de Seix Barral que cuesta 1.400 ptas. en un papel couché de un lujoso subido. Me llevo el libro aprovechando el mogollón y seguimos de cine en cine. Imposible repetir "Fitzcarraldo", no nos dejan en la entrada. Vemos una argentina, "Volver", muy normalita, y por la mañana el siguiente reclamo: "Demonios en el Jardín" de Manolo Gutiérrez.

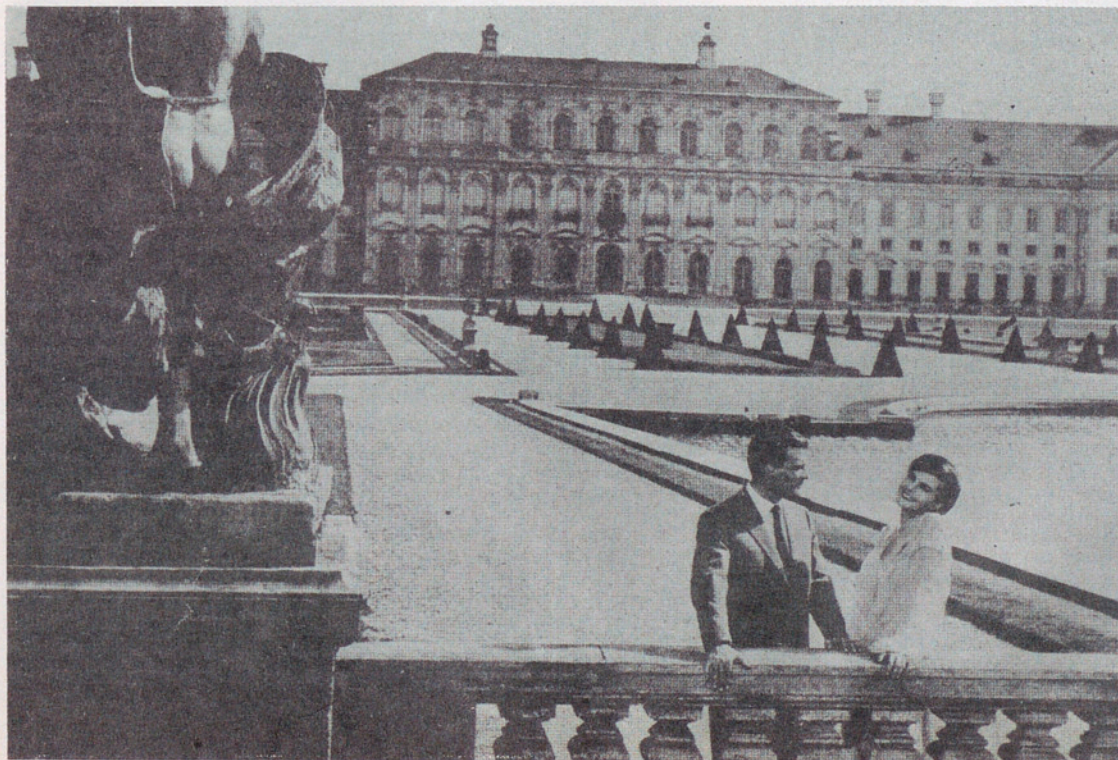
Y la verdad es que uno no tiene a las nueve de la mañana el estómago preparado para platos tan fuertes, porque "Demonios en el Jardín" trata temas muy serios y se crispa a cada momento de sospechas, envidias, peleas, ironías, celos, hipocresía sucia, ter-



nura y deseo. Siempre amanecer o atardecer en la película de Gutiérrez, de nuevo excelentemente iluminada. Con el soporte de un guión que adivinó férreo, pero en manos de uno de los pocos directores españoles con personal mirada cinematográfica, con sello, y aunque él quiera negarlo, con estilo. "Demonios en el Jardín", que cuenta con el aliciente supletorio del doble de actrices (Angela Molina —que es una actriz que se sale por completo de lo corriente en este país— y Ana Belén, que dá la talla y hasta le hace la competencia) me parece una gran película, una construcción perfecta como ya lo era "Maravillas", aunque provocándome la misma sensación de aquella, de un guión como excesivamente elaborado, al que no se le escapa nada pero que, tal vez por eso, impide entrar el aire de lo fresco, de lo naturalmente ágil. Y no es un defecto sino su manera de hacer las cosas como la de tantos otros magníficos cineastas. Pero "Fitzcarraldo" seguía cubriéndolo todo.

Entre las que no vimos, la de F. Trueba, "Mientras el cuerpo aguante", que dejamos para última hora, para su pase en un cine llamado precisamente Trueba, donde una vez más los acomodadores no nos dejaron pasar pese al carnet de prensa. Quedaba la duda sobre la segunda película larga del autor de "Opera Prima" cuando el propio direc-

El año pasado en Mariembad



tor del film vino a aclarárnosla también a los que no la habíamos visto: sale el crítico **Diego Galán** a la calle, extiende la mano para comprobar si llueve, o no la extiende, y camina. Aparece el director **Fernando Trueba** provisto de un cubo lleno de agua y acompañado de un fotógrafo y se lo arroja a **Galán** en la cabeza. **Diego** queda sorprendido y empapado y **Fernando** aprovecha para ser entrevistado en TV y todas las cadenas radiofónicas. Evidentemente don **Fernando** es un genio, pero no del cine, claro, un genio de la publicidad y además indiscutible. Pero su película pasa sin pena ni gloria por un festival que reúne varias españolas y algunas bastante buenas, como la ya citada y como "Laberinto de Pasio-

nes", de Pedro Almodóvar, que me pareció tan alucinante como cualquiera de las primeras de **Richard Lester**, o mejor, una verdadera pasada de película sobre algo que él conoce demasiado bien, con un argumento de enredo tipo **Hawks**, vertiginoso y sin duda, el cine más de refresco en nuestro intoxicado panorama. No hablo de ella porque ya la han estrenado y puede verla quien quiera. (Las otras también las estrenarán pronto).

Y final, porque se acabó el dinero y no nos pudimos esperar a ver "Le Beau Marriage" de **Eric Rohmer**, que ponían al día siguiente, ni el resto de los títulos interesantes, porque ya habíamos tenido bastante, y me imagino que los lectores, también.

ROBINSON 28



EN LOS PROXIMOS NUMEROS DE ROBINSON PODRAS ENCONTRARTE CON:

ANGKOR. LA CIUDAD FANTASMA

CRONICA MENSUAL DE TEATRO MARCEL MARCEAU

VIRGINIA WOOLF

LA RUTA DE MAGALLANES

MUSICA

VIAJES

DOSSIER LA CIUDAD DE PARIS

VENECIA

RELATOS

BRUJERIA

YURI SILVER

VERSUS

ROBINSON 28

(entrevista imaginaria)

SECCION DE FOTOGRAFIA ETC

## LUTO PARA BUSCAR LOS OJOS DONDE SE PONE EL SOL

*Una túnica bien larga, de color negro, así, bordada en árabe, en moraco, vaya Vd. a saber, colgada como en de-saire, como en un arrebató, oliendo a sal y a calor de una ciudad de anuncio, aún me recordaba aquél spot la situación. Ella revuelta en un mogollón de tipos, tipos raros y sucios, cubiertos de ruidos, pero eso era en el anuncio, no aquí. Aquí ella se desenvuelve solita en esas calles, que no se sabe ni cómo llegó a dónde esa cita, ella solita, con el mercado cerca, con ese mercado del sur que sabe a baratijas, a hachís y otros.*

*Ella con su vestido negro mirando a todas partes a ver si le encuentra a él. Allí posada estúpidamente, irónicamente para sus adentros, en el pleno centro de esa horrible ciudad, que a ella ni le importaba casi.*

*Lo divertido era preguntar a la gente por un tipo alto más o menos, con bigote, casi imposible por otra parte inquirir por esas cuestiones en un mercadillo interminable de tipos altos más o menos, con bigote, vaya Vd. a saber si..., ni siquiera me fijé en el color de sus pupilas.*

*Ella está hastiada ya de mirar en todas las direcciones, montones de callejas al mismo lugar, a un lugar tan absurdo, con tan breve acera para detenerse, con el justo espacio de apoyarse a un ladito y todavía van y te pisan, sin perdones ni una mirada siquiera.*

*Qué solita estás en este mundo pequeñito, en esta ciudad llena de morenos con bigote y rizos en el pelo, morenos de ojos verdes, ni siquiera me he fijado en sus pupilas.*

*Desesperada ya, vamos a movernos, vamos a subir y bajar al menos la angosta calle, la calleja del reencuentro, sería inaudito ya a estas alturas, casi imposible en este revoltijo de personas, a quién se le ocurre.*

*A ella que es tonta y se fía del primero que se encuentra por ahí perdido. A lo mejor cualquiera de esos que hay ahí esperando también con cara de esperar, con cara de aburrimiento, de insistencia forzada, de morirse de asco ahí mismo. A lo mejor, ¿por qué no? los intercambiamos, y resulta que es mejor, que nos sale más linda la historia, tantos tipos iguales en ese sitio, que no lo entiendo, que a nadie se le ocurre.*

*—Pero, ¿dónde está él?*

*El se ha metido en montones de sitios a ver si se la encuentra por algún lado. No tiene ni idea casi de quién es ella, no sabe que lleva una túnica color azabache para llamarle la atención a él que le gustan las cosas raras, las cosas sospechosas, las que ocurren con una música detrás, de alguna forma, entrando en situación, como de una película, a él le gusta así, de filmación corta con aire de vanguardia.*

*Inevitable el verde de sus pupilas, aunque ella no quiera creerlo, inevitable reconocerle en los ojos aunque sea, entre esos varios miles de ojos distintos, morenos con bigote, con ojos distintos, ella lo sabe. Pero la está viniendo una pena desagradable, una sensación de inutilidad, un viaje tan largo, tan complicado, para un retazo negro que soy yo, aquí perdida entre tantos colorines, como disfrazada la gente adrede para volverme punto*

*negro prácticamente invisible, prácticamente absurdo todo este jaleo, ganas de liar las cosas con sus ojos verdes, ganas de complicarme, mirada de gato penetrante o de no sé qué esos ojos verdes que me miran fijamente.*

*El también la ha buscado allí donde está, cuatro o cinco veces, se resiste, cuatro o cinco vueltas. El se lo trabaja lo de ganarla a ella y no la conoce, casi no la conoce con el color del verano o del sur destilándose, perezosamente sobre sus hombros.*

*Odiosa ciudad esta, maldita sea, que no se pueden hacer películas aquí, que es imposible ya, inevitable usar el aparato de la esquina, el auricular sucio, la cola larga de gente cada dos minutos.*

*Lo mismo se me perdió el número en el viaje, puta suerte la mía, ganas de fastidiarme, de complicarme las cosas.*

*Donde estará ella a estas alturas, él la busca, para qué rendirse, estropearlo todo, el límite de la situación, el límite del sueño, para qué rendirse, él confía en ella, confía en su vestido oscuro que no imagina siquiera, él confía en sí mismo sobre todo.*

*Se acabó, se acabó todo, de un golpe imaginario, igual que si se te cayera el cielo encima, con fuerza, con deleite, con placer, con un suspiro de descanso.*



*Los ojos verdes dan la vuelta a la esquina, fijos en no se sabe bien qué, certero, como lanzas clavándose de pronto, su vestido negro a cuchilladas, su vestido manchado de verde. Una vuelta a la esquina, arrebatada, como de susto, como de ataque chirriante en los oídos. Los ojos verdes, los ojos que tardan en aparecer si se los busca. La están buscando como siempre, en algún lugar, en esa esquina, como de película, como de casualidad, como de consuelo, como de film antiguo, de película con aire de vanguardia.*

8-IX-82



Carlos G. Rosende